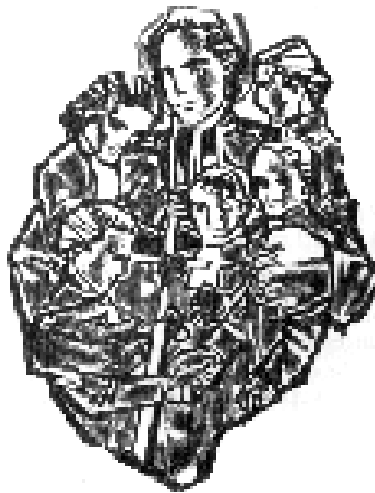


EL ESPIRITU DE FAMILIA



Introducción

“No haya entre ustedes sino un solo corazón y un mismo espíritu”. Son palabras de Champagnat en los últimos momentos de su vida. Es el espíritu de familia que quiso san Marcelino para todo marista. Y sabemos que está hecho de amor y de perdón, de ayuda y de apoyo, de olvido de sí y de apertura a los demás. Y también de alegría (cf. Const 6).

El espíritu de familia de todo marista extrae calor y fuerza del amor que Dios tiene a los que nos ha dado por hermanos. Y de tal forma impregna nuestras actitudes y conducta, que lo irradiamos dondequiera que nos encontremos. En la familia, en la sociedad, en el trabajo.

Profundizar en esta hermosa dimensión del carisma marista puede significar para la Fraternidad crecer en comunicación, compartir nuestros dones humanos y espirituales, y crear una verdadera familia en nuestro entorno.

Objetivo

Fortalecer nuestro espíritu de familia para contribuir a crear una sociedad más fraterna y solidaria

EL ESPÍRITU DE FAMILIA

Hombre de corazón y de acción, que evoluciona en consonancia con el cotidiano vivir, Marcelino Champagnat ejerce influencia antes que nada por el contacto personal y por el espíritu que imprime en sus discípulos. El principio básico de este espíritu parece estar constituido realmente por la sencillez en su acepción moderna de autenticidad humana y de apertura espiritual.



Sin embargo, el espíritu marista, caracterizado por la sencillez, es una realidad compleja, aunque única y original en su totalidad. En una Congregación religiosa, puesto que es un organismo vivo, el espíritu que la vivifica está constituido por elementos diversos, entre los cuales se dan relaciones vitales y dinámicas.

Sobre este particular conviene observar que una realidad, de cualquier naturaleza que sea, nunca puede ser encerrada o enmarcada en una definición. La reflexión intenta simplemente hacer una aproximación cada vez más estrecha por medio de una descripción y por análisis apoyados en los datos de que disponemos. Los cuatro aspectos principales del espíritu marista, a saber, SENCILLEZ, FAMILIA, TRABAJO y el ELEMENTO MARIANO, pueden ser considerados como constelaciones, cada una de ellas con sus partes constitutivas y armónicas. Vimos anteriormente que la sencillez está enraizada en la humildad, al mismo tiempo que conserva una espontaneidad de impulsos, que nos hace pensar en una cierta infancia espiritual. Estas observaciones bastan para alejar la idea de una posible limitación en la reflexión.

Una actitud caracterizada por la sencillez concede naturalmente la prioridad a los elementos esenciales de la personalidad. Puesto que vivía intensamente a nivel del corazón y de la acción, Marcelino modeló su ambiente humano a imagen de una familia. Bajo otro aspecto vivencial, su enérgica lucha diaria para transformar y adecuar el entorno físico, desarrolló en él la virtud del trabajo en grado tal, que la laboriosidad es su característica personal. Estos dos elementos del espíritu marista se conjuntan en la virtud de la dedicación, que consiste en darse en cuerpo y alma a la familia religiosa y en entregarse de corazón a la tarea que se ejecuta. La palabra “dedicación” o “entrega” viene a ser, ya desde los tiempos del Padre Champagnat, palabra-clave, muy empleada como expresión concreta de nuestra consagración y como señal evidente de vocación.

Nos dice el Hermano Francisco:

“Al fundar su congregación, quiso que fuera una familia”

El Hno. Juan Bautista también registra esta recomendación entre las directivas que el P. Champagnat dictó a los Hermanos con ocasión de la construcción del Hermitage:

“Las Hermanos no olviden nunca que, al venir a esta comunidad y unirse para constituir una sola familia, se comprometen a amarse como hermanos...”

El P. Champagnat expresa claramente las características de la familia marista en la Carta circular en la que convoca a los Hermanos al retiro, el 12 de agosto de 1637:

“¿Cuán suave y agradable es para mí, queridos hijos en Jesús y María, pensar que dentro de sólo unos días tendré el placer de estrecharos entre mis brazos, de deciros con el salmista: Quam bonurn et quam jucundum habitare fratres in unum! Grato me es el consuelo de veros a todos reunidos, formando un solo corazón y una sola alma, constituyendo una sola

FAMILIA, buscando sólo la gloria de Dios y el interés de su santa Religión, luchando bajo el misma estandarte, el estandarte de la augusta Virgen María”.

AFECTO FRATERO CENTRADO EN LA FIGURA DEL P. CHAMPAGNAT

El elemento primordial de este espíritu de familia es el afecto mutuo, actual y cálido, que los Hermanos deben testimoniarse recíprocamente. El ideal de unión total de los corazones y de las almas de los primeros cristianos, es objeto de abundantes citas del santo Fundador. Una de sus expresiones más elocuentes es, sin duda, el bien conocido pasaje del testamento espiritual:

“Os ruego también, queridos Hermanos, con todo el afecto de mi alma y por el que vosotros me profesáis que os comportéis de tal modo que la santa caridad perviva entre vosotros. Amaos unos a otros como Cristo os ha amado. Que se pueda afirmar de los hermanitos de María lo que se decía de los primeros cristianos: ‘Mirad cómo se aman’. Tal es el deseo más ardiente de mi corazón en este último momento de mi vida”.

Es también evidente que el afecto recíproco de los hijos tiene su fuente y centro de referencia en el amor irradiado por los padres en la familia. El grupo familiar podría ser comparado a una rueda, cuyo sólido eje o centro de convergencia representaría a los padres y la cohesión de los rayos, a los hijos. La primera comunidad marista era un modelo familiar, en la que el Fundador ejercía una sobresaliente función de autoridad, de iniciativa, de ejemplo y sobre todo de amor paterno. Un aspecto importante de la obra del P. Champagnat, que condiciona todo lo demás, consiste en haber conseguido fundar una comunidad cohesionada, viva y dinámica.



La fundación de una nueva comunidad no puede seguir adelante sin el brote de un nuevo amor, que es su alma, su principio de vida y de desarrollo. Con este amor primero, comunicado abundantemente a los discípulos, fue como él estructuró una unión de grupo capaz de superar las agresiones externas y las crisis internas al comienzo del Instituto; con este espíritu de unión de los primeros Hermanos el Instituto pudo desarrollarse de modo vigoroso... Las expresiones de este amor “fundamento” fluyen desbordantes de la pluma del P. Champagnat; son expresiones habituales en la conclusión de sus cartas. He aquí un párrafo de su carta del 12.04.1838, escrita desde París al Hno. Francisco:

“Mil felicidades..., a todos los excelentes Hermanos que han hecho sus votos perpetuos y a los demás, a quienes abrazo en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, mientras espero abrazarlos realmente”.

Las circulares del comienzo del año proporcionan una oportunidad señalada para estas efusiones:

“Queridos y muy amados, vosotros sois continuamente el objeto de nuestra solicitud. Mi deseo es veros siempre felices” (enero 1836)

“Carissimi, amadísimos, mis muy queridos Hermanos, amémonos unos a otros” (enero 1837)

*“Siento **una** agradabilísima satisfacción difundiendo en vuestros corazones el afecto del que el mío está lleno” (enero de 1839)*

Lo mismo ocurre en las Circulares con que convoca a los Hermanos de las escuelas para

reencontrarse en familia en el Hermitage:

*“Venid todos a reuniros y reanimaros en el santuario que os ha visto convertirlos en hijos de la más tierna de las madres. Con la **más** afectuosa alegría os habremos de ver a todos renovados en un mismo espíritu, prometiendo a María que queréis vivir y morir bajo sus auspicios, después de haber guardado la palabra a Ella dada de modo solemne. En unión con Jesús y María, mis queridísimos Hermanos, mi corazón acaba de deciros, en una tierna expansión, lo mucho que os quiero” (21.08.1838)*

“Tendremos la dicha de reunirnos todos, a fin de gozar de un poco de reposo, bajo la protección de María, nuestra Madre tierna. Allá, unidos en espíritu y corazón, saborearemos los frutos deliciosos prometidos por Dios a través de su profeta (Salmo 131) a los Hermanos que viven unidos” (09.09.1839)

Sin embargo, hay cosas que no se pueden expresar con palabras. Tal es el caso del sello especial que tienen las relaciones que se dan entre los miembros de una familia y que las distingue del estilo administrativo o militar. El P. Champagnat se comporta verdaderamente como padre de familia que no dicta “decretos”, sino que convida, anima, confía. Escribiendo a Mons. Pompallier le recomienda actuar como el padre de los Hermanos enviados a las misiones (27.05.1838).

Esta actitud paternal, que concede amplio margen a la libertad, a la iniciativa y a la responsabilidad personal, se pone de manifiesto en la circular del 12.08.1837, ya citada:

“Nuestras vacaciones, como el año pasado, comenzarán el 28 de septiembre. Haréis lo posible para estar aquí el primero de octubre (Fiesta del Santo Rosario); procuraremos celebrarla con la máxima solemnidad en nuestra hermosa capilla. Me complace mucho transmitirlos esta decisión, conociendo vuestra sumisión y vuestra docilidad... El retiro, si es posible, comenzará en seguida”.

COMUNIDAD APOSTOLICA QUE COMBATE BAJO EL ESTANDARTE DE MARIA

La familia religiosa fundada por el P. Champagnat tiene la ventaja de beneficiarse con la presencia afectuosa y activa de una madre: la Santísima Virgen. Nuestro Fundador y nuestros primeros Hermanos la llaman siempre la Madre Bondadosa, nuestra Buena Madre, nuestra Madre Tierna. Para honrar, amar e invocar a esta madre celestial no necesitaban largos raciocinios. El P. Champagnat y sus discípulos vivían esta filial adhesión a la Madre en la fe. No se raciocina para escoger una madre, para amarla y refugiarse a su lado. En el siguiente pasaje de la carta dirigida por el Beato Padre al Hno. Dionisio, en enero de 1838, encontramos la mayor parte de los sentimientos que caracterizan el espíritu de familia marista: espíritu de fe, afecto paterno del Padre hacia sus hijos, la adhesión mutua y cordial de los Hermanos; todo esto fundado en la solicitud actual con que la Madre común envuelve a todos y a cada uno de sus hijos:

*“Estáis bien convencidos, o el menos lo deberíais estar, de la gran ternura con que os estimo. Quiero y deseo ardientemente que nos amemos unos a otros como hijos del misma Padre, que es **DIOS**, de la misma Madre, que es la Iglesia; en fin, para decirlo todo en una palabra, ¿no es María nuestra*



Madre común? ¿Podría Ella admitir con mirada indiferente que conservemos algo en nuestro corazón contra algún Hermano, al que tal vez ama más que a nosotros?”

Si la nueva comunidad religiosa establecida por el P. Champagnat, posee todas las características de una familia, conviene subrayar que esta familia viva y unida no está cerrada en sí misma, sino especialmente orientada a la acción apostólica. Este aspecto queda claramente reflejado en la circular del 12.08.1837:

“Buscando sólo la gloria de Dios y el interés de su santa religión, luchando bajo el mismo estandarte, el estandarte de la augusta Virgen María”

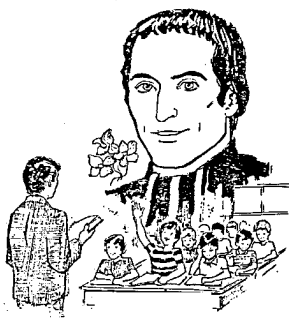
Este celo ardiente por la educación cristiana y por la evangelización de los jóvenes es el alma de toda la acción de Marcelino y en este empeño mantuvo un poderoso dinamismo. El texto del Evangelio citado con más frecuencia en las cartas firmadas por el Fundador, es el de Mateo 9, 37, en el que Cristo expresa su angustia por la salvación de la humanidad: *“La mies es mucha y los operarios pocos”*.

La circular de enero de 1836 concede mayor amplitud al alcance de este afecto familiar extendiéndolo a los alumnos, objeto de la dedicación apostólica de los Hermanos:

“Deseamos que, a ejemplo de Jesús, nuestro Divino Modelo, tengáis tierno afecto a los alumnos. Repartidles el pan espiritual con santo celo. Esforzaos en formarlos en la piedad y en grabar profundamente en sus jóvenes corazones sentimientos de religión que no se apaguen jamás”.

LA FAMILIA: AMBIENTE EDUCATIVO POR EXCELENCIA

La consecuencia lógica de este artículo sería el catálogo de todas las manifestaciones del espíritu de familia que se perpetúan en el Instituto desde el origen hasta nuestros días. El recuerdo del espíritu marista, que está al alcance de todos los Hermanos, sea cual fuere la actividad que ejerzan en el Instituto, evidencia la permanencia del verdadero espíritu del Padre Champagnat en la Congregación por él fundada.



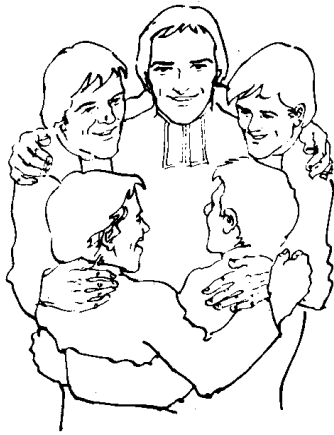
Aparte de lo dicho, nosotros que trabajamos en la educación cristiana o estamos influenciados por ella, somos conscientes del valor insustituible de un ambiente familiar en todo medio educativo. Nada puede substituir el ambiente fraterno, cálido y acogedor, en el que los jóvenes se expansionan al calor del cariño. No existe educación sino en familia. La familia organizada por el P. Champagnat está destinada a acoger a los jóvenes y a asegurarles el medio vital para su crecimiento humano y espiritual.

Una vez más el Hno. Francisco, heredero inmediato del espíritu del Padre Champagnat, nos sintetiza la mayoría de los pensamientos recordados a lo largo de esta reflexión. En su carta circular del 08.09.1840, apenas unos meses después del fallecimiento del Fundador, durante la reunión anual de los Hermanos en el Hermitage, recuerda el pensamiento esencial de la última voluntad del buen Padre, pensamiento que es la médula de su testamento espiritual:

“El pensamiento más caro al corazón de nuestro buen Padre en los últimos momentos de su vida fue ver a los Hermanos de María siempre unidos en los

sentimientos de un mismo corazón y un mismo espíritu, formando todos una sola familia, realizando entre sí la santa caridad de los primeros cristianos... Una fraternidad cordial presidirá nuestra reunión. Estrecharemos los vínculos afectivos que nos unen en los Sagrados Corazones de Jesús y María, y verificaremos las palabras del Rey profeta: Ved cuán bueno y agradable es vivir juntos, como hermanos, en la dulzura de una santa unión. (Salmo 132,1)

El Padre Champagnat estará en medio de nosotros por su espíritu y —nos atrevemos a esperarlo— por la eficacia de su intercesión ante nuestra bondadosa Madre común”.



Para compartir

- En la práctica, ¿cómo entiende esta característica tan típica del carisma marista, la del *espíritu de familia*?
- ¿Qué traducción sienten que está teniendo en la vida de su Fraternidad?
- Recordar algún momento de dificultad de la Fraternidad. ¿Cómo se vivió ese momento? ¿apareció el apoyo y la comunión?
- El espíritu de familia nos debe llevar a buscar soluciones a las situaciones que conllevan sufrimiento e injusticia (cfr Doc. Fraternidades, 14). ¿Hemos tomado alguna iniciativa al respecto?

Para profundizar

- El espíritu de familia al estilo de Nazaret, caracterizado por la sencillez, la confianza, la alegría, el olvido de sí, el perdón y la ayuda mutua (cf Doc. Fraternidades, 13). Busquen dialogar sobre el significado de cada una de estas características.
- Lean y comenten de la Vida de san Marcelino, el espíritu de la primera comunidad de Hermanos en La Valla.

Para orar

LA MESA DE LA VALLA

+ De la Vida de san Marcelino:

Firmado el contrato se puso él mismo a limpiar y acondicionar la casita y colocó en ella los muebles más indispensables. Con sus propias manos fabricó dos camas de madera para los dos Hermanos, y una mesita de comedor. Luego trajo a su dos discípulos a la casita, que se convirtió en la cuna de los Hermanitos de María. La pobreza más estricta se respiraba por doquier. Pero también eran pobres el establo de Belén y la casita de Nazaret. Y los hijos de María debían tratar de imitar a su Madre y llevar desde su nacimiento el sello de la pobreza y la humildad.



Distribuían su tiempo entre la oración, el trabajo manual y el estudio. El padre Champagnat, que los quería como a hijos, trabajaba a veces con ellos, los animaba y les daba clases de lectura y escritura.

+ **Reflexión:**

Hay hermanos porque hay un Padre y una Madre
Hay hermanos porque hay un corazón que nos une y enlaza más fuerte que la propia sangre.
Hay hermanos porque, aunque diferentes, tenemos la misma mesa, las mismas flores sobre ella y
respiramos el mismo aroma sencillo del campo.

Hay hermanos porque tenemos la misma puerta y ventana, la misma casa.
Aquí en esta casa hay HERMANOS.

Una mesa tosca, hecha de madera tosca y sin pulir, hecha con manos toscas, con clavos toscos. Aquí
se respira pobreza que es sencillez, paz que es armonía y familia porque somos HERMANOS.

Las manos de Champagnat lo hicieron casi todo. La mesa, el armario, la casa arreglada y los primeros
clavos. Por supuesto que también hizo la primera comida, puso la primera mesa, repartió el primer
caldo y el primer pan. Creo que también puso la primera sonrisa y dio a todos, eran pocos,
el primer abrazo.

+ **Canto: SOMOS UNA FAMILIA** (*escuchado*)

Los inicios fueron realmente pobres,
Nuestro pan del color de la tierra,
pero nunca nos faltó lo necesario.
Nuestro Superior se preocupaba
de nosotros como lo hubiese hecho
el más tierno de los padres.
Recuerdo su interés por mí,
cuando estuve enfermo en La Valla.
Vino a verme todos los días y jamás se olvidó
de traerme alguna cosa para hacerme feliz.
A menudo nos hablaba de la solicitud
que Dios manifiesta a todos aquellos que se le confían.
Tenía un gran fervor a María, y sabía transmitirlo por todas partes.
De hecho quería que comunicásemos
a los niños esta confianza y devoción.
Recuerdo que muchas veces me repetía:
"si algún bien hemos hecho, Lorenzo, ha sido gracias a María,
sin Ella no hubiésemos hecho nada".
Ni siquiera la ternura de las madres en el trato con sus hijos
es superior a la del P. Champagnat en su relación con nosotros.
Y no es, la verdad, una comparación demasiado justa,
porque las madres aman a sus hijos con amor humano,
y él en cambio, nos amó verdaderamente en Dios.



Si nos hablaba de la bondad de Dios y de su amor por nosotros.
Un fuego se encendía en nuestro corazón, su espíritu de amor.
Un fuego que ni el trabajo ni las miserias, ni ninguna dificultad, podrían apagar.
COMO UNA MADRE AMA, ASI EL NOS AMO.(2)

+ Oración final:

Queremos darte gracias, Señor,
porque nos has elegido y reunido en fraternidad;
por eso, levantamos nuestros brazos en acción de gracias
y te alabamos, Padre,
por la unidad que estableces en nosotros,
a pesar de nuestras resistencias e impaciencias.

Como un solo cuerpo estamos congregados ante Ti
porque cuidas de nosotros con amor.
Te damos gracias por tu Hijo, Jesús,
que ha sido capaz de amar a los hermanos
más que a sí mismo, hasta ofrecer su vida por todos.

Ante esta muestra de entrega amorosa
te pedimos santifiques nuestras Fraternidades:
haz que nos amemos de verdad los aquí reunidos;
que ninguno de nosotros ahorre energía en amar;
que quien venga a nuestra fraternidad
encuentre nuestras manos extendidas para acoger y abrazar;
que aquí nadie se sienta juzgado sino acogido y comprendido;
que nuestra fraternidad sea fermento de paz y de comunión.

Que tu espíritu, Señor, ayude a transformar nuestra fraternidad
en presencia viva de tu amor aquí donde vivimos.
Que, como en Nazaret, y en La Valla,
y junto a Jesús, María, Marcelino y los primeros hermanos,
nuestra Fraternidad sea testimonio vivo de tu amor.
Amén.

